

## **18vo Concurso de Ensayo Caminos de la Libertad**

### **Del populismo al totalitarismo. Aportes conceptuales a partir de Hannah**

**Arendt**

Seudónimo: Arendt

#### **Introducción. Populismo y totalitarismo. Parecidos de familia**

La teórica política Hannah Arendt fue una de las primeras en identificar, luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, las características que mejor ilustraban los regímenes de Hitler y Stalin. En su obra *Los orígenes del totalitarismo*, publicada en 1951, se dedicó a analizar de qué manera esta inédita experiencia política realizó sus primeros pasos en la arena electoral y social, en tanto movimiento político, para luego alzarse con el poder y plasmar un control absoluto de todas las personas a partir de la extensión masiva e hipertrófica del aparato burocrático y de seguridad estatal.

En este sentido, luego de hacer explícitas las enormes distancias que existen, al menos en sus estadios iniciales, entre los populismos y los totalitarismos, es posible establecer conexiones teóricas entre ambos, viendo a aquél como un totalitarismo *in nuce* o en ciernes. Al respecto, los desarrollos y postulados

arendtianos en su obra de principios de la década del '50 son extremadamente útiles para poder realizar dicha comparación.

Entre los puntos compartidos entre ambas experiencias políticas pueden destacarse, en primer lugar, el hecho de que ambas fomentan la división y las reacciones extremadamente emocionales frente a lo que acontece en la arena pública. Las dos experiencias necesitan la creación y el desarrollo de un “otro” al cual adjudicarle todos los males existentes e hipotéticos, así como responsabilizar por todos los fracasos de la propia gestión. A su vez, esta necesaria dicotomía y polarización sociopolíticas se sostienen en la difusión y el mantenimiento de un estado de tensión permanente. Ambos regímenes parasitan a las naciones que someten<sup>1</sup>, promoviendo el miedo y una constante sensación de amenaza y vulnerabilidad a fin de justificar por completo cualquier medida adoptada por los gobernantes, sin importar lo disparatada o infundada que sea. Por consiguiente, tanto el populismo como el totalitarismo conducen a una personalización desmedida de los asuntos públicos. A sus líderes se les debe tanto una obediencia como una adoración e idolatría absolutas, lo cual implica notar que los mismos propician el regreso de una visión trascendental o religiosa de los asuntos públicos, aquella en la cual los gobernantes eran seres omnímodos, representantes de la divinidad en la Tierra, y no se les podía cuestionar sus actos o limitar su poder. El culto a la personalidad, sea esta populista, autoritaria o totalitaria, gira en torno al carisma y a las cualidades

---

<sup>1</sup> “Como un conquistador extranjero, el dictador totalitario considera a las riquezas naturales e industriales de cada país, incluyendo las del propio, como una fuente de botín y un medio de preparar el siguiente paso dentro de una expansión agresiva. [...] En lo que se refiere a sus fines económicos, los regímenes totalitarios son en sus países como las proverbiales plagas de langosta” (Arendt, 2003: 625).

ilimitadas que se le atribuyen a sus dirigentes. Estos últimos se plantean como mesías o salvadores seculares que llevarán a sus seguidores incondicionales, como premio por su fidelidad, a un futuro brillante en el cual los enemigos del movimiento, el pueblo o el régimen dejarán de existir. Los líderes son incuestionables y plantean la lealtad a su figura en términos de todo o nada. Imágenes y efigies de su persona emergen en todo el país y, cual panóptico orwelliano, no solo en los espacios públicos sino también en los privados. Cada persona se siente así vigilada por el líder y por su aparato represivo, y sabe que le debe “favores” y que estará siempre obligada y en deuda para con la inteligencia y la generosidad infinitas de aquél.

En este sentido las dos experiencias políticas atentan contra un desarrollo autónomo y sostenido en el tiempo de las instituciones administrativas y participativas del Estado, así como obran en idéntico sentido a nivel subnacional y, por último, en la sociedad civil. En el caso ideal buscado por estos regímenes la sociedad se halla movilizadora todo el tiempo, y cada espacio, ya sea público o privado, se encuentra intervenido y regulado por el Estado a fin de poder dictaminar autoritariamente lo que deben hacer sus habitantes con sus vidas. El estado de derecho, la independencia de los poderes oficiales y no oficiales, el derecho a la libre expresión, movilización y asociación civil y política debe ser exterminado debido a que éstos solamente permiten, de acuerdo con la narrativa oficial populista o totalitaria, la construcción de polos enemigos al país en su seno. En una instancia extrema, el alto grado de agresividad y virulencia fomentado por estos movimientos genera un clima de terror en el cual grupos autoorganizados realizan desmanes

y atentados contra aquellas figuras que el régimen cataloga como indeseables o peligrosas. Ello le es extremadamente funcional a los líderes ya que no deben intervenir directamente para censurar o atacar a la oposición, sino que pueden hacerlo los miembros más radicalizados de sus organizaciones o de la sociedad. Los espacios públicos pasan a ser así un monopolio exclusivo del movimiento, el partido o los grupos o células no oficiales alineados con el líder y su ideología.

Estos últimos acatan lo decidido en las altas esferas del poder porque el mismo se sirve de una identificación bidireccional intensa, reforzada por lo que se percibe que es la aprobación desmedida de todo el conjunto social, tal y como Freud (1992) lo describiera en 1921 en su trabajo *Psicología de las masas y análisis del yo*. De esta manera, tanto el populismo como el totalitarismo obran en el sentido de nivelar hacia abajo las sociedades que someten. A lo que se aspira es a consolidar una imagen, ficticia pero no por eso menos poderosa, del “ciudadano promedio” del régimen, aquella persona que consolida todas las características que, de acuerdo con el discurso oficial, son valiosas y representativas de la nación y deberían ser emuladas por todos los habitantes. En consecuencia, realizando una exaltación absoluta de un imaginario “ciudadano promedio”, los líderes autoritarios pueden endilgar toda la responsabilidad por los problemas que este tipo ideal y quienes se identifiquen con el mismo experimenten a las “elites”, nacionales e internacionales, que operando en connivencia y con ningún tipo de transparencia se dedican elaboradamente a explotar a los inocentes grupos populares que el régimen, populista o totalitario, declara denodadamente defender.

Esto a su vez lleva a la eliminación del pluralismo, las libertades y la diversidad que caracterizan a las sociedades contemporáneas más desarrolladas. Tanto el populismo como, llevado al extremo, el totalitarismo, buscan cancelar la multiplicidad de estilos de vida y de preferencias que se manifiestan en la actualidad. No es casual que las principales figuras del liberalismo político (Stuart Mill, 1985) defiendan los derechos de las minorías frente al poder omnímodo que pueden ejercer mayorías circunstanciales (las cuales, en el caso de los modelos autoritarios, populistas y totalitarios, eventualmente se eternizan en el poder).

Otro elemento en común entre el populismo y el totalitarismo es el dominio de la censura, el ataque y el atosigamiento constante a los rivales, y el recurso a técnicas avanzadas de propaganda a utilizar tanto en medios tradicionales de comunicación como así también, en el caso de la época actual, mediante redes sociales y poderosos recursos informáticos tales como la inteligencia artificial. El control de la información y del relato oficial sobre los hechos sucedidos y que podrían suceder es de vital importancia para evitar críticas y para guiar a los individuos hacia las metas deseadas oficialmente. Obrando en estas líneas de acción se simplifica el tratamiento de cuestiones de gran complejidad y se puede promover una conformidad y aceptación prácticamente unánimes frente a todo lo que sugiere o propone el liderazgo. Este último opera demagógicamente, difundiendo eslóganes y falsedades a través de un hábil manejo de la oratoria y la retórica, y apelando a prejuicios y a los sentimientos más bajos de la gente para poder manipularla efectivamente. De esta manera,

la propaganda oficial y las campañas veladamente solapadas que se lanzan desde la dirigencia de estos regímenes políticos sirve para varios propósitos, entre los cuales se cuentan la utilización de las creencias y las opiniones de la sociedad para provecho propio así como la difusión de la sensación de vivir bajo una perpetua crisis, enfrentando amenazas que sólo quienes gobiernan pueden controlar y contrarrestar.

El factor que engloba estas operaciones dando una dirección al movimiento y a toda la comunidad es lo que Arendt denomina, para el caso del totalitarismo, como el encumbramiento máximo de la ideología. La autora realiza un análisis etimológico de la palabra y encuentra que la misma implica, en su sentido más extremo, aplicar el razonamiento lógico a una idea, sin importar cual sea esta última. Analizando las experiencias del nazismo y la Unión Soviética, encuentra que en ambos casos se registraron por primera vez en la historia universal regímenes propiamente totalitarios, los cuales llevaron al extremo los postulados de las ideologías que los guiaban: la supremacía de la autodenominada “raza aria” y la lucha de clases sociales, respectivamente. La ideología total lleva, también por concatenación lógica, a una lucha y búsqueda de expansión permanente<sup>2</sup>. Ningún logro es suficiente, ninguna victoria es completa, ya que eso implicaría la recuperación de un cierto grado de normalidad, rutina y previsibilidad, que es algo que los líderes, sean populistas

---

<sup>2</sup> “Las ideologías son inocuas, no críticas, y las opiniones, arbitrarias mientras no sean realmente creídas. Una vez que es tomada al pie de la letra su reivindicación de validez total se convierten en el núcleo de sistemas lógicos en los que, como en los sistemas de los paranoicos, todo se deduce comprensiblemente e incluso obligatoriamente una vez que ha sido aceptada la primera premisa” (Arendt, 2003: 678-679). Véase también Arendt (2003: 694-697).

o totalitarios, buscan destruir para capitalizar así la angustia y la ansiedad colectivas.

Viendo los fenómenos en paralelo, puede sostenerse que el populismo es una transición necesaria entre regímenes auténticamente democráticos, en mayor o menor grado, y autoritarismos de todo tipo, el más exacerbado de los cuales responde al modelo totalitario. Siguiendo esta línea de análisis el populismo se encuadra más como un enemigo de la democracia propiamente dicho que como una variante menos institucionalizada, transparente y desarrollada de la misma. Que el populismo eventualmente devenga un autoritarismo o incluso un totalitarismo *tout court* depende de gran cantidad de variables, entre las cuales pueden nombrarse la fortaleza e independencia de las instituciones democráticas y republicanas, así como también la autonomía y capacidad de respuesta de la sociedad civil. La importancia de efectuar esta comparación radica en tanto estar al tanto de esta posibilidad como así también en mantenerse alerta frente a los riesgos que involucra el desafío antidemocrático presente en los modelos políticos populistas tan extendidos el día de hoy.

### ***Los orígenes del totalitarismo. Volumen 3: Totalitarismo. Análisis en detalle***

El tercer apartado del libro publicado por Hannah Arendt en 1951 nos ofrece grandes posibilidades teóricas y prácticas para comprender más acabadamente al populismo. Si bien la autora se dedica a diferenciar

constantemente al régimen que analiza de otro tipo de autoritarismos, entendiendo que entre estos últimos y aquél existen diferencias pero también conexiones y continuidades a lo largo de un espectro de gobiernos no democráticos, la comparación entre ambos, la identificación de los elementos dictatoriales presentes *in nuce* en el populismo es de vital importancia para poder captar el fenómeno en forma más acabada.

Es propicio comenzar entonces por analizar el título del décimo capítulo de la obra arendtiana, titulado “Una sociedad sin clases” (Arendt, 2003: 481). Desde este punto ya pueden verse los puentes teóricos entre ambos conceptos. El sueño social populista es idéntico al totalitario: crear la uniformidad allí donde haya divergencias, ubicando toda la masa comunitaria indiferenciada en estricta alineación y dominación bajo la égida del líder de turno. El movimiento populista utiliza como herramienta para obtener el apoyo incondicional de las multitudes el otorgarles una sensación de pertenencia, la posibilidad de ser parte de algo superior y colectivo que resignifique su existencia. En esta recuperación pseudo-secular de postulados teológicos y trascendentes (ya que eventualmente al líder le son conferidos por sus seguidores y asesores de imagen poderes y talentos supernaturales que lo separan del resto y que justifican, incluso metafísicamente, el lugar que ocupa o busca ocupar en la sociedad<sup>3</sup>) una de las ambiciones principales es eliminar lo diverso, lo plural, algo que para la autora es constitutivo de las comunidades humanas en tanto tales (Arendt, 2003; Arendt, 2004).

---

<sup>3</sup> Entre las obras que exploran este fenómeno en la Edad Media se encuentran *Los reyes taumaturgos*, del historiador francés Marc Bloch (2017) y *The King's Two Bodies*, de Ernst Kantorowicz (2016).

A la vez, en términos del manejo de los seguidores así como de fidelización extrema y control minucioso de los mismos, lo cual es el sueño patológico de cualquier dirigente autoritario, esta uniformidad le permite a este último una manipulación sencilla y directa. A diferencia de las modernas campañas electorales, las cuales buscan captar indecisos y ver cuáles son las *issues*, las cuestiones del momento que movilizan y captan más votos (D'Alessandro, 2011), en el populismo se busca radicalizar el discurso para que los electores fluyan directamente hacia el partido, en vez de realizar el circuito contrario, el cual sigue siendo importante hasta consolidar el poder, pero en un rol subsidiario. Tal como sostiene Arendt (2003: 566): "...incluso antes de conquistar el poder, daban la impresión de que todos los elementos de la sociedad se hallaban encarnados en sus filas".

De esta manera, el voto antisistema que fomenta las dinámicas extremistas y centrífugas de la vida cívica (Downs, 1992; Sartori, 2005) crece más allá de las pocas similitudes ideológicas que existan entre los candidatos que las promueven. Suele ser habitual el crecimiento en el margen de intención de votos de un candidato populista de un extremo del sistema de partidos cuando otro se da de baja, aún si está ubicado teóricamente en las antípodas de su pensamiento y proyecto político.

En este sentido la uniformidad, el *streamlining* de los votantes favorece a los extremistas y a quienes practican la política de masas por sobre la política

profesional o *issue-oriented* más propia de las sociedades plurales y multiculturales más desarrolladas<sup>4</sup>. Además de las ventajas que presenta para el liderazgo tener solo un tipo de interlocutor a quien cautivar y fidelizar, catalogado de acuerdo a las características que más le sirvan a su movimiento o partido<sup>5</sup>, la fantasía de imaginar una sociedad indiferenciada y uniforme termina de realizar esta experiencia metafísica en política: la ilusión de la total transparencia y cognoscibilidad de lo existente. En efecto, no existe nada que escape a las facultades del líder, quien todo lo conoce y todo lo puede. Este último se relaciona (imaginariamente) en forma directa tanto con cada seguidor individualmente como con todos ellos en conjunto, reforzando el doble vínculo afectivo que proponía Freud (1992).

La meta, tanto totalitaria como populista, es el triunfo de lo Uno (Arendt, 2003: 690), lo eternamente uniforme e invariable y por tanto previsible. Como este tipo de régimen se jacta de su capacidad de prever lo que sucede en el caso de que sus previsiones no se ajustan a sus planes se encargan, si es posible, de modificar lo real para que así se asemeje a lo anunciado. Cuando esto no es factible, se ocupan de inventar una teoría conspirativa o argumento imaginario imposible de verificar para utilizar como excusa. “La calificación principal de un líder de masas ha llegado a ser una interminable infalibilidad: jamás puede

---

<sup>4</sup> Esto no quiere decir que deban entenderse estos modelos como mutuamente excluyentes para el mismo conjunto social. Tal como lo planteaba un estudioso del cambio cultural en política como Ronald Inglehart (1988) es posible evidenciar regresiones hacia modelos más autoritarios y atávicos en política, tanto en naciones más tradicionales como en aquellas que cuentan con un grado avanzado de prosperidad a nivel sociopolítico, económico, educativo y cultural. La clave para los sistemas democráticos y poliárquicos es saber cómo defenderse frente a los intentos de los candidatos antisistema por corroerlos desde adentro, simulando jugar las reglas del juego. De allí la importancia de la admonición de Karl Popper (2006) que señala que las democracias deben saber defenderse a sí mismas.

<sup>5</sup> Allende las referencias a la nacionalidad común desde el más puro chauvinismo.

reconocer un error” (Arendt, 2003: 537). La fantasía de la sociedad sin clases es así el puntapié inicial para la dictadura más extrema, rígida y obtusa.

Como comenta Arendt (2003: 534) “...demagógicamente hablando, difícilmente hay mejor manera de evitar una discusión que la de liberar a un argumento del control del presente, asegurando que sólo el futuro puede revelar sus méritos”. El discurso demagógico e irresponsable de los populismos se halla en la misma línea que aquél del movimiento totalitario. Se exime del control y de la exigencia de veracidad de lo que sostienen los líderes, a quienes se estima como visionarios proféticos de un avenir tenebroso del que solo podrán proteger a sus acólitos cuando eventualmente lleguen al poder. Simultáneamente también son los historiadores consagrados de la nación, los únicos posibilitados a interpretar y reinterpretar el relato oficial de acuerdo con sus propios pareceres e intereses, sin importar la fidelidad a la realidad histórica. Los contraargumentos utilizados por el populismo suelen ser hipotéticos, contrafácticos o, en el caso que la remisión a un avenir ficticio o un pasado recreado a medida sean insuficientes, *ad hominem*, denigrando por completo al rival o al chivo expiatorio de turno<sup>6</sup>.

La posibilidad de manipular fácilmente a los seguidores será ampliamente analizada por la autora, la cual entiende que las masas en general, debido a la carencia de formación, de tiempo, recursos o incluso del mero interés por

---

<sup>6</sup> “Los líderes de las masas en el poder tienen una preocupación que domina a todas las consideraciones utilitarias: la de lograr que sus predicciones lleguen a cumplirse” (Arendt, 2003: 538).

informarse de lo que efectivamente sucede o ha acontecido, son altamente susceptibles de ser engañadas por sus conductores<sup>7</sup> (Arendt, 2003: 482). Ello no implica que Arendt (2003: 483) subestime a la ciudadanía, mencionando específicamente que las victorias de los dirigentes antidemocráticos no se deben solamente "...a la victoria de una propaganda dominante y mentirosa sobre la ignorancia y la estupidez".

Este será uno de los temas que más le interese abordar y sobre el cual continuará explayándose durante el resto de su trayectoria intelectual. Denominándolo la "banalidad del mal", indagará en numerosos escritos y presentaciones sobre los dilemas éticos, prácticos y políticos que implique el resignar voluntariamente el propio pensar y evaluar lo que sucede (Ilivitzky, 2017). Por consiguiente, las masas no son por completo volubles ni están enteramente a merced de sus amos sino que tienen un margen de maniobra que autónomamente y por propia volición les ceden a éstos.

Precisamente lo que le fascine a Arendt ya desde *Los orígenes del totalitarismo* es la capacidad de cancelar cualquier tipo de amor o interés propio con tal que los líderes o el movimiento continúen con su misión: "...sería ingenuo considerar como simple expresión de idealismo ferviente a esta tozudez de convicciones que supera a todas las experiencias conocidas y que cancela todo inmediato interés propio" (Arendt, 2003: 484). La compleja serie de

---

<sup>7</sup> "La fascinación es un fenómeno social [...] En la sociedad moderna, con su característica falta de discernimiento, esta tendencia ha sido reforzada de manera que cualquiera que no sólo posea opiniones, sino que las presente en un tono de convicción incommovible, no perderá fácilmente prestigio aunque hayan sido muchas las veces en que se haya demostrado que estaba equivocado" (Arendt, 2003: 482).

procesos por medio de los cuales las personas optan por anularse a sí mismas y entregarse por completo a un grupo o a otro sujeto, en este caso un movimiento populista, no puede captarse cuando se la cataloga *in toto* como un lavado de cerebro, un adoctrinamiento, un bombardeo incesante de propaganda partidaria o la influencia constante de encontrarse inmerso y recibir la influencia de la masa. Todos estos factores existen y operan en el sentido de la cancelación del yo, por supuesto, mas no alcanzan a explicarlo por completo.

Arendt (2003: 484-485) se preocupa por ende por diferenciar al idealismo e incluso al fanatismo de este tipo de entrega, absoluta mas no forzada, del propio ser. Es este espacio que preserva para la responsabilidad personal es lo que hace que su análisis sea tan fructífero. Si bien eventualmente los populismos devienen en regímenes autocráticos que buscan tener un control férreo sobre todo lo que sucede en los territorios que rigen, el apoyo que los catapulta al poder no viene dado por el mero automatismo. De allí que esta comprensión sea también la puerta que la autora deja abierta para recuperar las libertades democráticas que perviven aún en su seno, en el plano de las decisiones que cada día adoptan los seguidores y los ciudadanos del régimen al obedecer sus designios<sup>8</sup>.

Por supuesto, esto no implica ignorar que una vez que cada sujeto decida cotidianamente mantener su apoyo al líder y su gestión sea prácticamente

---

<sup>8</sup> “La dominación totalitaria, como la tiranía, porta los gérmenes de su propia destrucción. [...] El comienzo, antes de convertirse en un acontecimiento histórico, es la suprema capacidad del hombre; políticamente, se identifica con la libertad del hombre. [...] Este comienzo es garantizado por cada nuevo nacimiento; este comienzo es, desde luego, cada hombre” (Arendt, 2003: 706-707).

imposible erosionarlo: "...dentro del marco organizador del movimiento, mientras éste se mantenga unido, los miembros fanatizados no pueden ser influidos por ninguna experiencia ni por ningún argumento; la identificación con el movimiento y el conformismo total parecen haber destruido la misma capacidad para la experiencia..." (Arendt, 2003: 485).

Este proceso será denominado "lealtad total", la cual es posible "...sólo cuando la fidelidad se halla desprovista de todo contenido concreto, del que surgen naturalmente los cambios de opinión" (Arendt, 2003: 505). La adhesión a lo que el líder y el partido digan es incondicional, así como la creencia en todo lo que aquellos puedan eventualmente sostener. Si bien Arendt publica estas líneas en 1951 las mismas mantienen su vigencia en el presente. Los seguidores de diversos líderes y movimientos populistas continúan retroalimentando su idealismo (el cual eventualmente deviene fanatismo) en redes sociales y grupos tanto online como presenciales en donde comentan cómo sus dirigentes lidian exitosamente con los principales sucesos del momento. Son estas cajas de resonancia en donde se registra una gran dificultad o incluso la total imposibilidad de realizar algún tipo de debate lógico y racional sobre lo que acontece, donde se produce un rápido descarte de todo lo que se presente como evidencia, aun cuando sea ésta sea innegable e irrefutable, las marcas registradas de los populismos en la actualidad<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Las diferentes estrategias empleadas para negar la realidad son analizadas por Nogués (2019), denominándolas "posverdad". Al respecto también puede presentarse una cita de Arendt (2003: 543): "La fuerza que posee la propaganda totalitaria [...] descansa en su capacidad de aislar a las masas del mundo real". Véase también Arendt (2003: 555): "La razón fundamental de la superioridad de la propaganda totalitaria sobre la propaganda de los otros partidos y movimientos es que su contenido [...] ya no es un tema objetivo sobre el que la

Arendt (2003: 541) reconoce estos síntomas para las masas contemporáneas: “No creen en nada visible, en la realidad de su propia experiencia; no confían en sus ojos ni en sus oídos, sino sólo en sus imaginaciones. [...] Lo que las masas se niegan a reconocer es el carácter fortuito que penetra a la realidad”. Aquí se ven acabadamente los mecanismos por medio de los cuales este tipo de movimientos son tan exitosos, ya que brindan una protección casi total a las vicisitudes y cambios drásticos que trae la vida diaria. Frente a la falta de prosperidad económica, social o profesional, algunas personas deciden entregar por completo el control de sus vidas a un líder y a un grupo para que puedan orientarla en todo momento y lugar. En forma análoga al funcionamiento de una secta o una sociedad secreta (Arendt, 2003: 572-575), los grandes movimientos de masas embriagan a sus seguidores en un éxtasis colectivista del que nunca desean salir. Tal como lo hubiese analizado Freud (1992) las personas sienten una unión prácticamente indestructible en el seno de este tipo de organizaciones, y esa satisfacción colectiva suple con creces sus desventuras individuales. De este modo resignan cualquier chance de poder obtener algún beneficio o logro a nivel personal, y se resignan sumisamente a ser parte de algo que los trasciende pero que a la vez los anula por completo. Lo verdaderamente trágico de este proceso es que estas personas parecen creer que solo entregándose por entero a quienes quieren manipularlas para su propio beneficio lograrán encontrar algo con sentido y beneficioso para sí mismas. Como comenta la autora, no realizan este tipo de actos “...porque sean estúpidas o malvadas, sino porque en el desastre

---

gente pueda formular opiniones, sino que se ha convertido dentro de sus vidas en un elemento tan real e intocable como las reglas de la aritmética”.

general esta evasión les otorga un mínimo de respeto propio” (Arendt, 2003: 542).

### **El estado de alerta permanente y la utilización oportunista de crisis existenciales**

En paralelo con la obsesión de estos movimientos por poder controlar todo lo que sucede tanto en su interior como en el exterior, y en consonancia con los discursos oficiales emitidos por el grupo populista, los cuales son seguidos al pie de la letra por todos sus integrantes, la pensadora política detalla la contraparte de este control total, consistente en crear la ilusión de estar en permanente movimiento (Arendt, 2003: 482). Ello conlleva estar inmerso en una búsqueda constante de nuevos objetivos por cumplir, nuevos enemigos por vencer y nuevas conspiraciones por descubrir y desarticular. En la actualidad, en la era del entretenimiento constante y de la promoción de la pasividad en tanto consumidores de espectáculos e incluso información, este proceso se ha intensificado. Los seguidores de los populismos esperan ser al mismo tiempo entretenidos y movilizados por sus líderes. Se entregan pacífica y acríticamente a lo que éstos dictaminen sobre las cuestiones más relevantes del momento y aceptan por completo cualquier instrucción que les sea asignada.

En tanto y en cuanto la uniformidad puede verse como algo aburrido y hasta asfixiante, la ilusión de estar en permanente movimiento permite dinamizar a los seguidores del movimiento, recordarles que las batallas son constantes y

que los beneficios y conquistas que el líder les ha facilitado pueden perderse de un momento a otro. Esta situación además permite mantener a las personas en estado de constante alerta (lo que en psicología se describe como el modo de ataque o huida, *fight or flight* (McCarthy, 2016)). Si bien el mismo no es deseable en circunstancias de relativa normalidad, causando un alto grado de *stress* y consternación, para los hábiles políticos populistas dicha situación de alerta permanente les posibilita mantener atentos y fieles a sus seguidores. Por consiguiente, lo propuesto por los políticos populistas debe ser escuchado en todo momento, ya sea para alertar frente a una eventual amenaza como para acudir en su defensa y apoyo. El no poder relajarse implica simultáneamente no tener la chance de abandonar al líder y su partido, no tener un instante para reflexionar con calma y poder entender si realmente lo que se está haciendo es positivo y constructivo para la propia persona, sus allegados y su comunidad en general. Tal como se sostiene en *Los orígenes del totalitarismo*: “El objetivo práctico del movimiento consiste en organizar a tantos pueblos como le sea posible dentro de su marco y ponerlos y mantenerlos en marcha; un objetivo político que constituyera el final del movimiento simplemente no existe” (Arendt, 2003: 508-509).

Otro de los puntos de contacto entre el fenómeno descrito por la autora y el populismo es el deseo de tener una masa informe de seguidores que no puedan ser reconocidos por ningún aspecto o clivaje social (Lipset y Rokkan, 1992). Así como se dio un pase del partido de masas al partido “atrapatodo” o *catch-all*, entendiendo que segmentar al electorado y dirigir la campaña a solo una parte de la sociedad atentaba contra la posibilidad de captar votos en los

otros segmentos que se percibía como menos afines a la propuesta ideológica y práctica partidaria (Cingolani, 2011), los movimientos populistas siguen el camino de sus pares totalitarios en buscar sostener su poderío en base a la “pura fuerza del número” (Arendt, 2003: 485).

En consecuencia, no habrá lugar a distinciones de clase social, nivel sociocultural o educativo, procedencia geográfica, residencia, edad, entre tantas otras. Los movimientos de masas aspiran justamente a imponerse sobre el resto de la sociedad pretendiendo demostrar que solamente ellos representan, inicialmente, a la mayoría del electorado. Luego de un tiempo, y sobre todo cuando llegan al poder, el argumento pasa a ser que se representa verdaderamente al país entero, que existe una transparencia total entre la nación y el grupo, y que los que se hallan fuera del mismo, por fuerza mayor, son enemigos, traidores a la patria, los cuales deben ser cooptados, en el mejor de los escenarios<sup>10</sup>, o bien expulsados o castigados por no reconocer que el líder del momento es el único capaz de encarnar los designios nacionales a la perfección.

---

<sup>10</sup> Esta suerte de misión evangelizadora de los grandes movimientos de masas es brillantemente capturada por Arendt (2003: 560): “...para el miembro del partido parece que cualquiera a quien el movimiento no haya singularizado expresamente como un enemigo (un judío, un capitalista, etc.) se halla a su lado, que el mundo está lleno de secretos aliados que sencillamente todavía no pueden reunir la necesaria fuerza de mente y de carácter como para extraer las conclusiones lógicas de sus propias convicciones”. Tal como se hubiese comentado con anterioridad, el fanatismo generado por una ideología y un líder que todo lo pueden y que todo lo saben crea por fuerza mayor esta suerte de obligación interna por medio de la cual los partidarios de estos movimientos se sienten por un lado en la posesión de una “verdad revelada” la cual a su vez los impele a tratar de captar más adeptos, intentando en ocasiones hacer que éstos encuentren por sí mismos la validez absoluta e infranqueable de sus puntos de vista. Cuando esto no sucede, se les invitará a hacerlo por la fuerza o bien se los eliminará de la esfera pública a fin de buscar una armonización generalizada del conjunto social, aun cuando la misma sea espuria y forzada.

Arendt (2003: 489) precisa que las masas no tienen “objetivos limitados y obtenibles”, sino que directamente suplantán su carencia por una adoración y obediencia ciega al líder y al movimiento, los cuales le indican qué hacer. Su función es simplemente otorgar apoyo incondicional a lo que se le ordene. La autora además especifica que estas muchedumbres “...existen en cada país y constituyen la mayoría de esas muy numerosas personas neutrales y políticamente indiferentes, que jamás se adhieren a un partido y rara vez acuden a votar” (Arendt, 2003: 489). Mientras que estas actitudes apáticas y abúlicas respecto a lo político se registran en circunstancias habituales, cuando aparece un líder hábil que sabe cómo manipularlas se evidencia un cambio total a partir del cual los integrantes de las masas se involucran en la política, repiten acríticamente e irreflexivamente las líneas del partido o del movimiento, y manifiestan exteriormente un fervor cívico inédito, aun sin estar fundado en un genuino interés o entendimiento sobre los asuntos públicos.

Haciendo un balance de las consecuencias del totalitarismo, Arendt (2003: 489) también vislumbra que este tipo de movimientos se sustenta en un brutal “desprecio por el valor de la vida humana”. Si bien el populismo no llega a los paroxismos criminales de Hitler o Stalin, sí pueden identificarse similitudes en lo tocante a no reconocer que cada miembro de su movimiento y cada seguidor del líder tiene una importancia intrínseca en sí mismo, más allá de su función organizacional y de su talento particular. No obstante, los líderes ven esta dinámica en sentido opuesto. Para ellos los seguidores son simplemente seres ignotos que les deben apoyo y obediencia incondicional. Esto es lo que Arendt

(2003: 535) describe como un comportamiento anti-utilitario, revelando una “completa indiferencia a los intereses de las masas”.

A juicio de la autora, con el advenimiento de las modernas sociedades de masas se evidencia un “sentimiento masivo de la superfluidad del hombre” (Arendt, 2003: 489) que es el que será explotado por los populismos. Como se abordase previamente, estos últimos suplantaron la sensación de vacío existencial dada por el paso de sociedades tradicionales que se sustentaban en el peso de las autoridades religiosas, políticas y militares, y que contaban con una fuerte estructuración de clase, hacia otras más modernas, seculares, en donde existe una mayor *accountability* horizontal y en donde puede evidenciarse una movilidad social ascendente. Estas transiciones, combinadas con el hecho de la existencia de grandes conjuntos sociales de millones de personas, coadyuvaron en el advenimiento de grupos de sujetos que, con o sin empleo, con o sin relaciones sociales significativas, se sentían alienados y olvidados por el resto de la comunidad y por sus dirigentes.

Lo que es aún peor, los movimientos y partidos que utilizan principalmente al poder del número como instrumento de negociación y presión política saben que también sus seguidores pueden ser fanatizados y radicalizados con relativa facilidad. La extremada polarización social, ideológica, cultural, económica y política que fomentan los populismos para ganar aún más votantes y militantes, colocándose como defensores de los mismos frente a intereses malignos que parecen de difícil erradicación a menos que se realicen

acciones violentas a tal efecto, es extremadamente practicable debido a la ductilidad y maleabilidad que tienen sus nuevos defensores, los cuales se hallan en general ajenos y distantes de lo político y carecen, en consecuencia, de cualquier tipo de conocimiento o información con el cual contrastar lo que sus líderes les dicen e informan.

“...la mayoría de sus afiliados eran personas que nunca habían aparecido anteriormente en la escena política. Esto permitió la introducción de métodos enteramente nuevos en la propaganda política y la indiferencia a los argumentos de los adversarios políticos. [...] Presentaban los desacuerdos como originados invariablemente en profundas fuentes naturales, sociales y psicológicas, más allá del control del individuo y por ello más allá del poder de la razón” (Arendt, 2003: 490).

Mientras que en general quienes practican o se hallan próximos a la actividad política reconocen que uno de los principales sustentos y razones de ser de la misma es la obtención de compromisos con quienes tienen diferentes intereses, a fin de lograr que ciertas acciones puedan llevarse a cabo, los recién llegados o arribistas políticos cuentan con la radicalización, la ignorancia y el resentimiento de los *outsiders*. La política deviene así, lamentablemente, en un juego de suma cero signado por la dinámica del todo o nada. Los otros

deben derrotarse y eventualmente ser asimilados o aniquilados por completo<sup>11</sup>. Desde esta visión cualquier disidencia o discordancia es peligrosa, y amenaza la supervivencia del grupo social como un todo así como de quienes lo conducen<sup>12</sup>.

Unas páginas más adelante la autora vuelve a ligar la crisis existencial, a nivel individual y colectivo, de las sociedades contemporáneas y gran parte de sus habitantes con la radicalización ideológico-política que eventualmente deviene en el chauvinismo y la xenofobia: “La característica principal del hombre-masa no es la brutalidad y el atraso, sino su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales. [...] ...era sólo natural que estas masas, en el primer momento de desamparo de su nueva experiencia, tendieran hacia un nacionalismo especialmente violento” (Arendt, 2003: 497).

Arendt (2003: 494) entiende lúcidamente que este tipo de crisis identitaria también se genera por la crisis de representatividad de la política en general y del sistema de partidos en particular: “Los partidos, en consecuencia, se tornaron cada vez más psicológicos e ideológicos en su propaganda, cada vez más y más apologéticos y nostálgicos en su forma de abordar las cuestiones

---

<sup>11</sup> “Desde el punto de vista de una organización que funciona según el principio de que todo el que no esté incluido está excluido, todo el que no está conmigo está contra mí, el mundo en general pierde todos los matices, diferenciaciones y aspectos pluralistas que en cualquier caso se han tornado confusos e insoportables para las masas que han perdido su lugar y su orientación en ese mundo” (Arendt, 2003: 578).

<sup>12</sup> No es casual aquí la utilización de este verbo. Las cualidades sempiternas, omnímodas y siempre correctas de los líderes justifican su liderazgo absoluto y la obediencia incondicional que debe prestárseles. Ellos son los grandes timoneles, como el apodo de Mao Tse Tung, conductores como Hitler, *Duces* como Mussolini, hombres de hierro como Stalin, entre muchos otros ejemplos que podrían traerse aquí a colación. Los apodos dan cuenta de ambos fenómenos: una inteligencia, perspicacia y virtudes sobrehumanas por parte de quienes lideran y la contraparte lógica de que sus súbditos acaten por completo todos sus designios.

políticas”. Aquí la autora plantea una ligazón directa entre el enajenamiento que el ciudadano promedio sentía respecto al sistema político y la creciente polarización social. Las nuevas fuerzas partidarias que se crean, en especial los populismos, precisamente para revertir ese distanciamiento y esa lejanía recurren en mayor grado a lo irracional y lo atávico a fin de recuperar la atención y el interés del votante medio.

### **Atomización social y decisionismo. El predominio del Poder Ejecutivo en el manual de la “democracia populista”**

El rechazo de las masas al *establishment*, a las elites que se percibe como necesariamente dañinas y malvadas es denominado por Arendt (2003: 494) “solidaridad negativa”. Este concepto permite entender como el ciudadano corriente rechaza por igual a todos los partidos y candidatos consagrados, buscando en cambio sostener alternativas radicales que le permitan creer que, destruyendo lo existente, lo nuevo necesariamente será mejor: “...los miembros más respetados, diferenciados y representativos de la comunidad eran unos imbéciles y [...] que todos los poderes existentes eran no tanto malos como igualmente estúpidos y fraudulentos” (Arendt, 2003: 494). Ya en los años '50 la teórica política expresa con claridad el reclamo que, en las décadas posteriores, los seguidores de los movimientos populistas llevarán al seno de las contiendas electorales contemporáneas<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Arendt da cuenta de que el rechazo de las masas no es solamente hacia la política *per se* sino hacia todas las figuras de autoridad establecidas en cada espacio social, comparando ese resentimiento con el que experimentara la “generación del frente” al regresar de combatir en la

Este fenómeno agudiza las grietas y las distancias existentes entre ciertos grupos sociales, haciendo cada vez más ardua la convivencia y la tolerancia. Las discrepancias parecen irreconciliables y todo el tejido social se ve fracturado y perjudicado por la pérdida de comunicación entre sus partes constitutivas. Así como la política es la arena de encuentro de lo plural para actuar en conjunto y en libertad (Arendt, 2004), la comunidad a su vez es un espacio propio de lo múltiple para la realización de otros fines, no necesariamente políticos. Los populismos y los totalitarismos no solamente destruyen lo diverso, lo libre y lo múltiple en el seno de la actividad pública, sino que tampoco desean tener competencia en ningún aspecto social. Poco a poco van surgiendo subdivisiones de sus movimientos generales que se encargan de subgrupos tales como los niños, la tercera edad, las mujeres, los deportistas, los trabajadores, etc. Estas áreas buscan fidelizar aún más el ya de por sí elevado compromiso que tienen quienes son parte del movimiento, logrando así alcanzar un control prácticamente total sobre todas sus esferas vitales<sup>14</sup>.

Este designio no es casual. Como comenta la autora: “Las libertades democráticas pueden hallarse basadas en la igualdad de todos los ciudadanos

---

Primera Guerra Mundial, la cual “...estaba completamente absorbida por su deseo de ver la ruina de todo ese mundo de falsa seguridad, falsa cultura y falsa vida” (Arendt, 2003: 511).

<sup>14</sup> Poco importa si dicho compromiso es forzado por la amenaza del castigo o si es genuino. A efectos prácticos solo importa brindar una imagen de total conformidad y obediencia para con el poder de turno. En el caso particular de los regímenes totalitarios dicha politización de la sociedad también responde al deseo por parte de los líderes de monitorear, estandarizar y controlar las conductas y pensamientos de todos sus miembros, algo que puede registrarse incluso en el seno del grupo familiar al promover que incluso los niños denuncien a sus padres ante el régimen por comportamientos que les han sido mostrados como nocivos en sus clases formales o en sus grupos informales controlados por el Estado total.

ante la ley; sin embargo, adquieren su significado y funcionan orgánicamente sólo allí donde los ciudadanos pertenecen a grupos y son representados por éstos...” (Arendt, 2003: 491). Estas apreciaciones, en la misma línea de lo que hubiere fascinado a Alexis de Tocqueville (2005) respecto a la sociedad estadounidense, dan cuenta de que si se desea tener un sistema político vibrante y dinámico el mismo debe ser parte de una sociedad con idénticas características. La existencia de grupos sociales y civiles de toda índole y sobre cualquier tipo de tema (distrital, cultural, deportivo, religioso, recreativo, etc.) es lo que permite canalizar de forma ocasional o duradera esa participación hacia el debate sobre y el involucramiento con los asuntos públicos. De allí que los populismos también busquen, si bien de manera más solapada e incipiente que los regímenes totalitarios, la regulación de otras actividades y conductas además de aquellas referidas a lo político, a fin de otorgar un espacio de inclusión y pertenencia a sus seguidores que abarque todos los aspectos de su existencia, no solo los cívicos.

La captación irrestricta de votantes y adeptos que apoyen incondicionalmente todo lo que se les diga será entonces la principal fuente de reclutamiento de los populismos ya que, al igual que los totalitarismos, abrevan en demostrar la “pura fuerza del número”. Aprovechando la facilidad con la que estos grandes movimientos de masas logran captar el apoyo tanto tácito como manifiesto de grandes sectores sociales, sus líderes utilizarán el argumento del mero factor numérico para sustentar sus reivindicaciones de ser los únicos receptores de la legitimidad política existente. Esta última, en una democracia saludable que siga los criterios de las poliarquías de Dahl (1989), lejos está de solamente

buscar dotar de poder y respaldo a quien encabece el Poder Ejecutivo, sino que también debe otorgarlos a todos los otros representantes, tanto electos como no, así como a la forma de gobierno e instituciones y principios de funcionamiento del régimen en general. Por el contrario, los dirigentes populistas o totalitarios buscan en una primera instancia contraponer su legitimidad frente a la de todo el resto de los actores e instituciones del sistema para posteriormente proceder a atacarlos y deslegitimarlos por completo, en tanto supuestamente no serían verdaderamente representativos de la ciudadanía, a fin de o bien disolverlos o dejarlos meramente como expresiones simbólicas remanentes del pasado, una fachada de pseudodemocracia que sirve para enmascarar su dominio autoritario con una pátina representativa. Tal y como comenta Arendt (2003: 491):

“...lograron convencer al pueblo en general de que las mayorías parlamentarias eran espurias y no correspondían necesariamente a las realidades del país, minando así el respeto propio y la confianza de los Gobiernos que también creían en la regla de la mayoría más que en sus constituciones. Se ha señalado frecuentemente que los movimientos totalitarios usan y abusan de las libertades democráticas con el fin de abolirlas”.

Uno de los principales blancos del ataque de los autoritarismos en general y de aquellos que se sustentan en el apoyo creciente de las masas en particular es el Poder Legislativo. Muchos factores se coadyuvan en dicha operación. En

dichos recintos existen multiplicidad de actores, los procesos burocráticos son complejos y lentos, los debates son muy prolongados y suele ser muy trabajoso el generar consensos entre las diferentes fuerzas partidarias. Por esas mismas razones es relativamente fácil para un liderazgo carismático autocrático vilipendiar a los legisladores, haciendo ver que las tareas que habitualmente realizan son improductivas para la sociedad, que se llevan a cabo en la trastienda de la actividad política genuina, y que son un vivo ejemplo de la lejanía de los políticos respecto a la gente corriente. Sin embargo, en los orígenes del sistema republicano precisamente eran los principios contrarios los que animaron la creación de los parlamentos, los cuales reflejan de una manera mucho más precisa los múltiples clivajes, grupos e identidades de una nación determinada que los Poderes Ejecutivos, los cuales tienden a ser unipersonales (Pegoraro y Zulcovsky, 2011).

En consonancia con la teoría política arendtiana, la cual entiende que el diálogo y la acción con una gran cantidad de conciudadanos es clave, la configuración parlamentaria se aproxima mucho más a su ideal que la de los órganos de toma de decisión ejecutiva<sup>15</sup>. La atención al detalle, el examen cuidadoso de lo que se debate también puede ser trasladado al tercer componente de las repúblicas contemporáneas: el Poder Judicial. En muchas naciones el mismo no es elegido directamente por la ciudadanía, en base al precepto por el cual tampoco se vota directamente al personal burocrático de las administraciones

---

<sup>15</sup> Este hecho será reconocido por la propia autora, la cual valorará espacios de intercambio, deliberación y accionar político tales como los consejos revolucionarios, las asambleas, y cualquier grupo que se forme espontáneamente para realizar acciones colectivas, incluyendo una desobediencia civil que se practique en forma responsable y constructiva respecto al sistema político en general (Ilivitzky, 2011).

públicas nacionales y subnacionales. La idea es que ambos cuerpos sean integrados por técnicos y especialistas en sus áreas que puedan estar ajenos a los vaivenes electorales y de las campañas políticas, y que sobrevivan a gobiernos de diferentes signos partidarios e ideológicos.

Por supuesto que estas condiciones en la práctica no siempre se evidencian de la misma forma con la que fueron diseñadas. Ello no es justificativo, empero, para caer en el reduccionismo populista a partir del cual estos poderes gubernamentales se encuentran de espaldas a la ciudadanía, careciendo ésta de control o injerencia alguna sobre los mismos, dando lugar así a grandes posibilidades de corrupción e ineficiencia que solo pueden resolverse cuando una persona carismática se planta de cara al electorado prometiendo tirar todo por los aires para empezar nuevamente desde cero teniendo todo bajo su comando exclusivo.

Suena extremadamente paradójico que una persona se arrogue todos los poderes públicos del Estado bajo el falso pretexto de que lo hace para sanearlos, cuando en realidad se está ubicando por encima de las leyes y de cualquier tipo de control o limitante a sus designios. No obstante lo cual este tipo de propuestas logran convencer incluso a votantes moderados, haciéndoles creer con o sin justificativo real que los procesos políticos que estiman lentos, tortuosos e ineficientes no los benefician en absoluto<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> Uno de los principales críticos del liberalismo político es el jurista alemán Carl Schmitt. La mayor parte de su pensamiento propone un retorno a un liderazgo único totalizador que eventualmente se sustente en valores espirituales compartidos (él en particular era un conservador católico del oeste de Alemania).

Ésta es entonces una de las principales paradojas del sistema democrático. Los mismos deben ser abiertos y plurales para garantizar la libertad de acción y el respeto a la diversidad que caracteriza a las sociedades plurales y multiculturales del presente. Lamentablemente, ciertos movimientos y líderes de masas recurren a dichos parámetros para destruir al sistema desde adentro, atentando contra los otros dos poderes formales existentes así como contra actores de peso ubicados fuera del conglomerado institucional del Estado (tales como la prensa, los sindicatos, las cámaras empresariales o diversos grupos religiosos, entre muchos otros) hasta finalmente no tener ningún tipo de freno y contrapeso para limitar sus ambiciones y apetitos. En base a lo sostenido por Popper (2006), la democracia debe por consiguiente agudizar al extremo sus reflejos, prevenir, reducir y controlar el surgimiento de los grupos extremistas de todo tipo así como de los movimientos de masas exacerbados, antes de que estos últimos logren subvertirla mientras simulan respetar y acatar las reglas de juego vigentes.

---

Durante parte de su carrera se dedicó además a justificar legalmente los principios políticos del nazismo. Algunas de las obras pertinentes para el presente trabajo son *El concepto de lo político* (Schmitt, 2001), en donde detalla que el criterio básico para entender la actividad política es la distinción entre el amigo y el enemigo. A partir de allí construye todo el edificio de la esfera pública en base a una diada nosotros-ellos igual de polarizadora y maniquea que la del populismo. Además, en *Teología Política* Schmitt (2001) recalca que el soberano es quien decide sobre el estado de excepción, siendo así el que tiene el poder en el caso extremo el que también debe detentarlo exclusivamente en períodos de normalidad. Por supuesto, esto es un *non sequitur* que ilustra a las claras su visión autoritaria de lo político, trasladando un caso límite como precedente para que rijan la mayor parte del tiempo. En *Sobre el parlamentarismo* (2002) se ocupa de otorgar todo el dominio de lo existente al Poder Ejecutivo, en detrimento del Legislativo, el cual se dedica a deliberar a espaldas de la ciudadanía, no resuelve ninguna cuestión pública, y está inmerso en cuestiones técnicas que demoran todo tipo de accionar. Finalmente, en *Catolicismo y forma política* Schmitt (2000) opina que no es necesario votar al líder de la nación en comicios transparentes e indirectos, sino que éste recibe la legitimidad popular en forma directa al ser consagrado por aclamación (*acclamatio*). Demás está decir que este último proceso es extremadamente irregular y susceptible de ser orquestado por quienes sean eventualmente elevados al poder por la adoración irrestricta de la multitud desorganizada. Como puede verse, todos estos argumentos conducen a sostener cualquier tipo de gobierno antidemocrático. Si bien Schmitt estaba más próximo a apoyar a dictaduras o regímenes teocráticos, sus trabajos también sirven para iluminar concepciones populistas *per se* o bien que busquen entender al populismo (Salinas, 2022).

## **Conclusiones. El populismo como la más reciente amenaza autoritaria**

En definitiva, los populismos y los totalitarismos se esfuerzan por llenar a la vida política de ultimátums existenciales, radicalizando a sus seguidores y planteando los debates en términos maniqueos de todo o nada. Como antídoto ante tamaña polarización ideológica, la cual impide ver los matices y las transiciones existentes en todo proceso sociopolítico, resulta propicio recurrir a autores que hayan identificado este tipo de procesos para así estar a resguardo de los mismos, pudiendo en consecuencia identificarlos y señalar los peligros que presentan para los sistemas políticos y sociales abiertos y pluralistas.

A tal efecto, el tercer volumen de *Los orígenes del totalitarismo* se revela como una gran fuente para encontrar este tipo de aportes. Al advertirnos de los peligros que representan los líderes carismáticos que buscan someter al mayor número de personas posibles sin tener ningún tipo de control o restricción; al mostrar cómo los más modernos medios de propaganda y adoctrinamiento político amplifican estos esfuerzos en formas no vistas previamente, gracias a la combinación de la técnica con la fuerza de la lógica cerrada con la cual se promueven las ideologías extremistas del momento y gracias a la radicalización extrema que provoca encuadrar todo lo existente dentro de una visión dicotómica y polarizadora; al reconocer que gran cantidad de personas desea ser parte de grupos que las trasciendan y que resignifiquen su existencia, y que se puede utilizar políticamente su resentimiento, atomización, aislamiento y

enajenamiento respecto del conjunto de instituciones sociopolíticas vigentes, Hannah Arendt sonó la voz de alarma para evitar que, luego de la publicación de su obra en 1951, los tipos de regímenes que trajeron tanta desolación e infortunio a sus dominios no vuelvan a reeditarse.

No obstante, Arendt estaba al tanto que esto era una posibilidad siempre latente: “Las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios bajo la forma de fuertes tentaciones, que surgirán allí donde parezca imposible aliviar la miseria política, social o económica en una forma valiosa para el hombre” (Arendt, 2003: 681). Queda en nuestro papel entonces el mantener la vigilancia constante para evitar la reedición de estas experiencias así como para controlar, reducir y eventualmente perseguir judicialmente a aquellos movimientos políticos que, bajo la apariencia de respetar los principios constitutivos y las reglas de juego del sistema democrático liberal de gobierno, solamente buscan subvertirlos y destruirlos desde su interior.

## Referencias bibliográficas

Arendt, H. (2003). *Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Arendt, H. (2004). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Bloch, M. (2017). *Los reyes taumaturgos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cingolani, L. (2011). "Partidos políticos y sistemas de partidos". Aznar, L. y De Luca, M., *Política: cuestiones y problemas*. Buenos Aires: Emecé, pp. 217-256.

D'Alessandro, M. (2011). "Liderazgo Político". Aznar, L. y De Luca, M., *Política: cuestiones y problemas*. Buenos Aires: Cengage Learning, pp. 305-336.

Dahl, R. (1989). *La poliarquía*. Madrid: Tecnos.

Downs, A. (1992). "Teoría económica de la acción política en una democracia".

Batlle, A. (comp.), *Diez Textos Básicos de Ciencia Política*. Barcelona: Ariel, pp. 93-112.

Freud, S. (1992). "Psicología de las masas y análisis del yo". *Obras completas. Tomo XVIII. Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920-1922)*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 63-136.

Ilivitzky, M. (2011). "La desobediencia civil: aportes desde Bobbio, Habermas y Arendt". *Confines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, Vol. 7, N°13. Monterrey: Tecnológico de Monterrey, pp. 15-47.

Ilivitzky, M. (2017). *Del "mal radical" a la "banalidad del mal". Concepciones de lo maligno en la teoría política de Hannah Arendt*. Buenos Aires: Teseo.

Inglehart, R. (1988). "The Renaissance of Political Culture". *American Political Science Review*, 82, pp. 1203-1230.

Kantorowicz, E. (2016). *The King's Two Bodies. A study in Medieval Political Theology*. Princeton: Princeton University Press.

Lipset, S. y Rokkan, S. (1992). "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales". Batlle, A. (comp.), *Diez Textos Básicos de Ciencia Política*. Barcelona: Ariel, pp. 231-273.

McCarthy, R. (2016). "The Fight-or-Flight Response: A Cornerstone of Stress Research". Fink, G., *Stress: Concepts, Cognition, Emotion, and Behavior*. Nashville, Vanderbilt University, pp. 33-37.

Nogués, G. (2019). *Pensar con otros*. Buenos Aires: El gato y la caja

Pegoraro, M. y Zulcovsky, F. (2011). "Gobierno". Aznar, L. y De Luca, M., *Política: cuestiones y problemas*. Buenos Aires: Emecé, pp. 162 -185.

Popper, K. (2006). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.

Salinas, A. (2022). "Sobre la influencia y afinidades entre Schmitt y Laclau". *Thémata. Revista de filosofía*, N° 66, pp. 159-181.

Sartori, G. (2005). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.

Schmitt, C. (2000). *Catolicismo y forma política*. Madrid: Tecnos.

Schmitt, C. (2001). Orestes Aguilar, H. (ed.), *Carl Schmitt, Teólogo de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Schmitt, C. (2002). *Sobre el parlamentarismo*. Madrid: Tecnos.

Stuart Mill, J. (1985). *On Liberty*. London: Penguin.

Tocqueville, A. (2005). *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.